

# verde Teruel

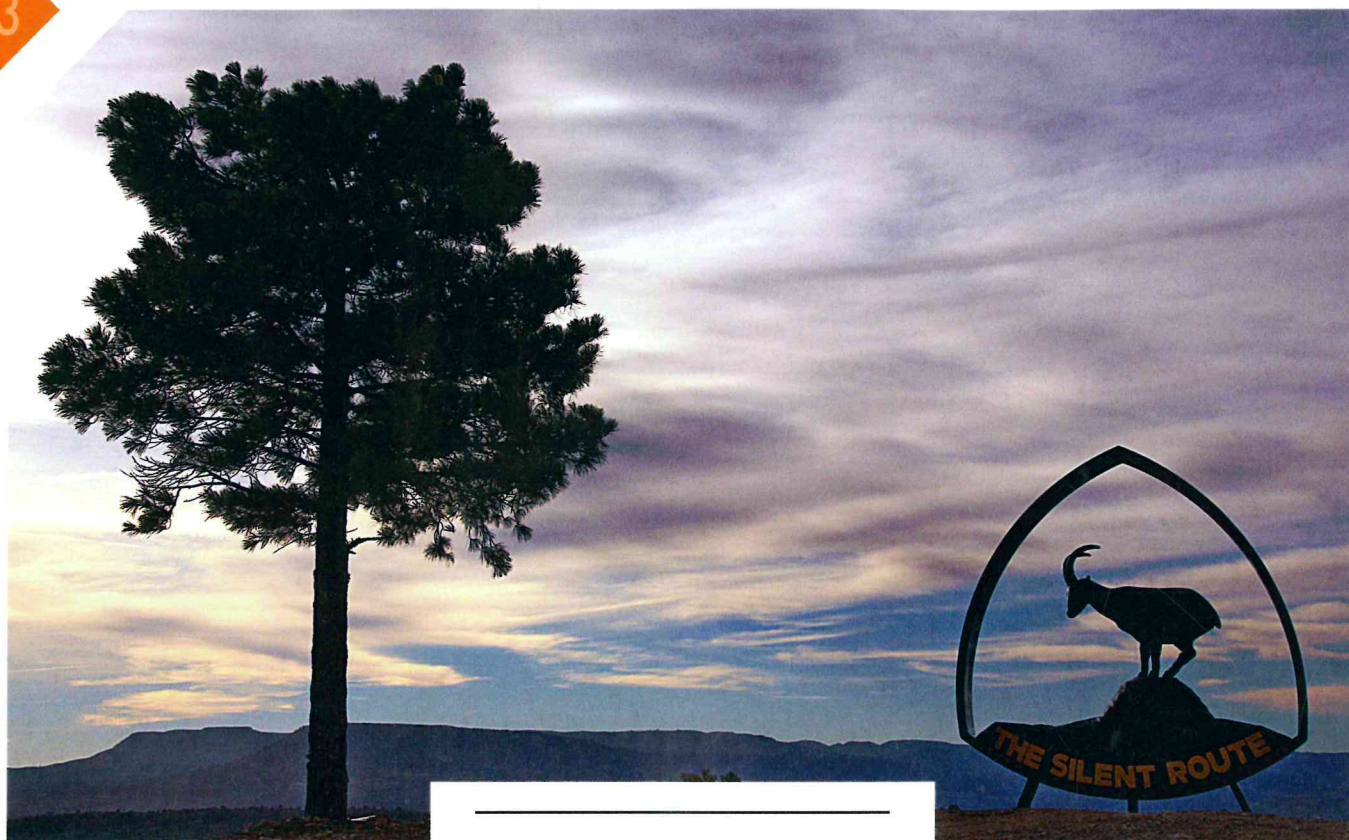
Números  
50

Experiencias



Teruel, paraíso terrenal





## The Silent Route, la fórmula perfecta para sentir un territorio

Texto: Cristina Mallén Alcón

Fotografías: Antonio Delgado

Cuando accedes a The Silent Route la sensación es la de adentrarte en un lugar mítico, fantástico. La carretera se estrecha y te envuelve, reduces la velocidad, empiezas a sentirte cómoda, a relajarte, a disfrutar.

Si entras desde Cantavieja, te reciben los prados de montaña del Cuarto Pelado, diferentes en cada época del año, hogar de numeroso ganado vacuno que disfruta de los ricos pastos durante el estío. Pero la imagen bucólica dura poco. Enseguida la carretera se encaja para abrirse paso en las estrechas márgenes del barranco labrado por el río Cañada, que nos acompañará durante buena parte del trayecto, esculpiendo un paisaje abrupto y escarpado. Este río, hoy estrecho y con poca entidad, en tiempos pasados debió albergar un considerable caudal capaz de horadar un barranco tan profundo. La carretera serpentea durante kilómetros, adaptándose al relieve, agazapándose a las laderas, apareciendo en cada curva un nuevo abismo. Y así son también los primeros pueblos de la ruta, Cañada de Benatanduz y Villar-

luengo, ambos desafían la gravedad asomándose al barranco circundante. En el libro de 1840 "Cabrera. Recuerdos de la guerra civil española" de Wilhelm von Rahden, el autor dice al respecto de Cañada, "Es difícil describir su emplaza-

miento. Aquí, casi a mitad de camino a Cantavieja, nace un pequeño riachuelo, afluente del Guadaloque, que forma una depresión del terreno bastante fértil. El pueblo se halla directamente en el lecho rocoso de este riachuelo, cada una de las casas construida sobre una roca aislada, de modo que se ofrecen a la vista tantas casas como bloques de piedra. Podría considerarse a Cañada una pequeña Venecia en la altiplanicie más elevada de España, ya que en las crecidas del río se forman tantas islas como bloques rocosos habitados". El caserío de Cañada se desparrama por las laderas alrededor del barranco, mientras que las casas de Villarluego se aprietan al imponente peñón rocoso que siempre sorprende cuando, después de la última curva de la carretera, lo encuentras de repente, agazapado para no desprenderse al barranco.

Tras coronar el Puerto de Villarluego el descenso hasta el río Pitarque es vertiginoso. El Pitarque y el Cañada, junto con el Guadaloque, al que se unen aguas abajo, son los artífices del im-



nente relieve que circunda The Silent Route. Llegamos al Hostal de la Trucha, donde es inevitable evocar el pasado y acordarse de la cantidad de personas que trabajaron en las fábricas, primero de papel y luego textiles. ¡Qué momento tan próspero que tuvo el Maestrazgo!

La carretera serpentea de nuevo ascendiendo hasta encontrarse, sin anestesia, con la mole pétrea de los órganos de Montoro. Siempre hay que parar para disfrutarlos y respirar el silencio. Es inevitable. Y cuando descienes para seguir la ruta y más cerca los tienes, son todavía más impresionantes. Hay que pasar a su lado despacio, admirando las imponentes agujas de piedra que se elevan hacia el cielo. Es emocionante y sobrecogedor.

En este punto se cruza el Guadalope, que baja abriéndose paso desde los impresionantes estrechos de Valloré y Mas del Arco. Aquí comienza de nuevo el ascenso sinuoso por curvas imposibles hasta llegar al Collado Frío donde, poco a poco, el paisaje se abre. En una de las curvas del recorrido encontramos a "Silencioso", la cabra símbolo de la ruta, que se ha convertido en parada obligada para hacerse un "selfie" con ella y, de paso, admirar el paisaje circundante, donde vemos todo el relieve del alto Maestrazgo.

Es el territorio de las "Masías de Ejulve", donde puedes conocer el hábitat disperso y el modo de vida de las masa-



das, un patrimonio natural, cultural e histórico de gran valor.

El paseo ya casi toca a su fin, pero todavía nos espera Ejulve, arracimada en la ladera, y coronada con la curiosa torre-campanario de la iglesia. Las mejores vistas de la localidad se pueden disfrutar desde la ermita de Santa Ana, justo enfrente, y merece la pena acercarse allí a hacer una buena fotografía y volver a respirar y sentir el silencio.

Desde Ejulve hasta el fin de la ruta, en la Venta de la Pintada, la carretera es más amable. Se transita con calma por las parameras ejulvinas, donde el paisaje ha cambiado completamente, con amplias panorámicas sólo limitadas al sur por la belleza tranquila y majestuosa del pico Majalinos. Y, si llegamos al atardecer, impresionan los magníficos crepúsculos ebrios de color. Sin duda un perfecto broche para finalizar la ruta.

